

El mundo atraviesa por una fase de acelerados cambios. Se modifican los procesos productivos y las maneras hasta aquí vigentes de organizar el trabajo y la vida cotidiana, utilizar recursos, comunicar experiencias y conocimientos, y aprovechar la creatividad humana. Surgen nuevos modelos de empresa, de gestión gerencial y de participación de los trabajadores. La educación busca reformarse para cumplir sus roles en la nueva situación. Las actividades de investigación y desarrollo pasan a ocupar un lugar estratégico, incluso en los países de menor desarrollo relativo. Las naciones reconocen que su competitividad está basada en sus capacidades internas, sobre todo su capacidad de aprender y movilizar conocimientos, incorporar progreso técnico y producir para mercados distantes.

Asistimos, además, a un proceso expansivo de las formas democráticas, que empuja hacia la universalización de los derechos individuales, de la moderna noción de ciudadanía, de la libertad en el terreno de la cultura, de la primacía del individuo frente al Estado y de la sociedad humana frente a los mercados.

En su sentido más profundo, la democracia constituye la capacidad de un conglomerado humano diferenciado, compuesto por individuos libres, para autogobernarse, incidir en plenitud en la construcción de su historia, expresarse sin censuras y convenir

límites frente a cualquier poder, sea que éste nazca de la fuerza, la riqueza, el saber o el prestigio.

Cambios en las maneras de vivir y trabajar, de producir y convivir, de entender la sociedad y conducir su desarrollo van acompañados siempre por vastas transformaciones culturales. Vivimos en medio de un período tal. Las tradiciones que parecían más incommovibles se resquebrajan; los valores consagrados son puestos en discusión; los patrones de conducta habituales son de pronto abandonados; y la comunicación regular entre generaciones, sexos y roles experimenta una rápida mutación.

Las culturas del pasado reciente --autocontenidas, centradas sobre sí mismas, de comunicación lenta y siempre divididas por líneas de clase, estamento y prestigio-- se encuentran sujetas a la presión de esos cambios. Pueblos y comunidades ven desaparecer sus símbolos tradicionales, erosionarse sus lenguajes comunitarios y modificarse sus maneras habituales de vivir, educarse, trabajar, tener hijos, alimentarse, adorar a sus dioses y morir.

Colocados entre las promesas que ofrece la modernidad y las amenazas que conlleva su avance, los hombres y mujeres del presente perciben los signos contradictorios que configuran la vida contemporánea. En efecto, el mundo de posibilidades que surge como efecto de las grandes transformaciones en curso no se

corresponde con la estructuración actual de las sociedades ni con la ordenación del mundo que crea un abismo entre los países desarrollados y aquellos que buscan desarrollarse.

Mientras el mundo avanza rápidamente hacia la globalización que obliga a compartir los recursos y a cooperar en la construcción del futuro común, se mantienen y a veces se ensanchan las fronteras invisibles que separan a las naciones ricas y pobres. En estas últimas existen más de mil millones de personas que viven en condiciones de miseria. Mil quinientos millones carecen de atención médica básica. Mil millones de adultos no saben leer o escribir. Más de cien millones de niños en edad escolar no asisten a la escuela. En la actualidad, el 77% de la población --correspondiente a los países del sur-- obtiene sólo el 15% del ingreso mundial.

Dentro de ese cuadro, la situación de América Latina cobra su propio dramatismo. El producto por habitante cayó en 9% durante la última década. La inflación promedio de los países de la región fue quince veces superior al terminar la década, si se compara con 1980. Durante ese período los países de la región transfirieron un promedio anual de 24.8 mil millones de dólares a los países desarrollados por pagos netos de utilidades e intereses, una vez considerados los ingresos netos de capital. En fin, existen en nuestra región 183 millones de personas que viven en la pobreza y cerca de 15 millones de analfabteos. La

educación promedio de la población apenas alcanza a 6 años. Un 30% de los alumnos que ingresa al primer año básico no aprueba el cuarto grado y un 50% abandona el sistema escolar antes de finalizar la educación primaria.

Quizá como nunca antes, los hombres y mujeres contemporáneos viven en un constante proceso de ampliación de sus expectativas personales y sus capacidades de imaginar una sociedad distinta.

Los medios de comunicación transmiten información e imágenes que interconectan disímiles experiencias de vida. Ponen al iletrado en contacto con las tecnologías más recientes, vinculan a las localidades más postergadas con los centros más dinámicos, exponen y publicitan los bienes que se hallan disponibles, las modas que pueden adaptarse o imitarse, los progresos de todo orden -- médicos, educacionales, de vivienda, de transporte-- que desde ya parece que pudieran estar al alcance de cada cual.

Con ello cambia el imaginario colectivo de las sociedades y se difunden expectativas individuales que alimentan el sueño de todos por progresar en la vida, contar con mejor educación, encontrar un trabajo bien remunerado, ascender en la escala social y compartir experiencias distintas de aquellas vividas por sus padres.

El riesgo mayor que presenta nuestra época es, por eso

mismo, una separación cada día mayor entre lo que es posible y lo que es real; entre los sueños de la razón y las capacidades para materializarlos. Existen las oportunidades para producir un salto adelante en el desarrollo de la humanidad; falta ahora disponer de las capacidades para aprovecharlas y transformar la realidad.

Como bien señala el **Informe de Desarrollo Humano** del PNUD, *"la ausencia de compromiso político, y no la falta de recursos financieros, es con frecuencia la causa verdadera del abandono en que se encuentra el hombre"*. Pero, ¿qué compromiso político es el que hace falta asumir para poner fin a esa espiral creciente de separación entre naciones ricas y pobres y crear un mundo más vivible para todos?

El primero, más decisivo e insustituible compromiso debe ser con la generación de capacidades y oportunidades que los países necesitan para poder desarrollarse. Es decir, construcción de capacidades endógenas para insertarse competitivamente en el mundo que emerge y, simultáneamente, generación de oportunidades para que todos puedan aprovechar los resultados del esfuerzo común.

Capacidades y oportunidades son los dos ejes a lo largo de los cuales nuestros países pueden desarrollarse y alcanzar así crecimiento y equidad. De hecho, ambos ejes convergen y en

muchos puntos se entrecruzan, alimentándose mutuamente.

En efecto, construir capacidades nacionales -- capacidades de empresa, de gestión eficiente, educacionales, de ciencia y tecnología, de inversión, de innovación-- supone cohesión social, superar los límites de la exclusión, disminuir rápidamente la pobreza y estrechar la brecha entre las posibilidades disponibles en la esfera simbólico-cultural y la limitada realidad presente.

En otras palabras, ampliar el potencial productivo de las sociedades y volver más competitivas a sus economías sólo puede hacerse ampliando el acceso a oportunidades de vida y trabajo, de educación, salud, vivienda y goce de los beneficios que proporciona la vida moderna. El progreso en tales dimensiones de equidad es un supuesto a largo plazo del crecimiento autosostenido, el cual sólo ha podido obtenerse en sociedades que integran y no excluyen, que protegen la salud de la población, que educan mejor a más gentes, que distribuyen y no concentran, que en vez de esperar que la riqueza sobrante beneficie a los de abajo se apresuran a corregir y refrenar las tendencias hacia la desigual distribución de los ingresos y hacia una creciente concentración de las riquezas.

A la inversa, no existe la posibilidad de generar mayores y mejores oportunidades para grupos cada vez más numerosos si acaso

simultáneamente no se expanden las capacidades productivas y competitivas de una nación. Dicho en otros términos, el crecimiento constante --con sus requerimientos de inserción eficiente en el mundo, aumento constante de la productividad, tecnificación de la economía, flexibilidad en las estructuras laborales, altas tasas de inversión, equilibrios económicos básicos, etc.-- es un supuesto ineludible de la equidad creciente y la única base sólida sobre la cual una sociedad puede aspirar a integrarse y a proporcionar mejores posibilidades de vida a todos.

La democracia --cuya revitalización nace desde abajo, con el reforzamiento de los poderes y autonomías locales--, debe hacer posible que las naciones en desarrollo generen proyectos de crecimiento y equidad de largo aliento, sostenidos sobre consensos estratégicos.

En efecto, la empresa del desarrollo supone y necesita que la democracia sea capaz de motivar y encauzar las energías de los miembros de la sociedad y crear acuerdos estratégicos en torno a su aplicación.

Desde ya observamos que el hecho de buscar, promover e incentivar la creatividad se ha convertido en el desafío común de las culturas contemporáneas. Vivimos una época en que los procesos creativos--de objetos, estructuras, diseños, situaciones y sentidos-- están en la base no sólo del éxito económico de las

naciones si no, también, de la equidad y la participación.

Si en algo podemos estar de acuerdo es que la modernidad se presenta como una fuente incesante de nuevas situaciones y experiencias; o sea, de cambios más o menos continuos en las condiciones de producción, intercambio y conversación.

La flexibilidad necesaria para adaptarse al cambio supone, a nivel individual, un conjunto de condiciones que la psicología estudia a propósito de los procesos creativos en las artes, las ciencias y el dominio de las nuevas tecnologías. Esa misma flexibilidad, considerada en su dimensión colectiva, constituye una condición para la creatividad de los sistemas sociales.

La creatividad socialmente organizada supone, antes que todo, el desarrollo de capacidades para anticipar, producir y dominar nuevas situaciones. Habitualmente, llamamos a éstas "capacidades para innovar"; cuestión que en América Latina suele plantearse básicamente en términos del debate entre Estado y mercados.

No cabe duda que el mercado es un poderoso medio de innovaciones; como suele decirse, es una "estructura de descubrimientos". Pellicani, un socialista italiano, ha escrito que las cosas ocurren como si "en el cuadro institucional del sistema de mercado todo puede suceder. Es como si los operadores

económicos, agrega, se transformasen en exploradores dominados por un solo deseo: descubrir siempre el modo de hacer crecer sus utilidades". De allí justamente el dinamismo de las capacidades productivas sujetas al mercado, las cuales no pueden detenerse sin riesgo de ser eliminadas por la competencia.

El Estado, en cambio, corre el riesgo de convertirse en un elemento conservador de la sociedad. Incluso hay quienes, desde posiciones "progresistas", postulan que al Estado no le quedaría más que actuar como una especie de dique de contención frente al mercado, moderando sus dinámicas y contrapesando sus efectos desequilibradores.

Por el contrario, pensamos que el Estado necesita convertirse --en nombre de una racionalidad distinta que la del fomento de las utilidades privadas--, en un motor, él también, de la innovación social. De lo contrario, se correría el riesgo de marchar hacia el lado de una verdadera "privatización" de la creatividad dentro de los límites del mercado.

El Estado no puede ser reducido, sobre todo no en las áreas más dinámicas de la economía, la educación y la ciencia y tecnología, al mero papel de financista o contralor. Por el contrario, debe convertirse en un agente eficaz de innovación asumiendo su responsabilidad en cuanto a las dimensiones públicas de la creatividad que, en lo básico, tocan a las varias

dimensiones de la equidad social.

Por de pronto, conviene señalar que hablamos de una noción ampliada de equidad. Donde la participación no se agota en el mero acceso a oportunidades si no que se amplía en dos direcciones a lo menos. Por un lado, hacia la participación en los procesos creativos y en el aprovechamiento de sus resultados; por el otro, hacia el uso de información y la gestión de conocimientos.

Participar equitativamente en la creatividad supone en efecto un cambio en nuestra concepción de las organizaciones. En el pasado fue habitual estructurar diversas acciones y coordinaciones dentro de organismos cada vez más extensos, jerarquizados y burocráticos. Lo importante era entonces la disciplina para repetir acciones, la comunicación vertical de instrucciones y la concentración de la información en la cúspide.

Todos sabemos que esto está cambiando rápidamente. Cada vez más las empresas y los organismos públicos están basados en conocimientos y compuestos por especialistas que dirigen y disciplinan su propia eficacia a través de la retroalimentación organizada desde sus colegas y clientes. Las organizaciones se aplanan, las jerarquías intermedias desaparecen, la información se desplaza con mayor velocidad y los núcleos de trabajo asumen la forma de "equipos de tarea" dotados de autonomía y evaluados

según su rendimiento.

Espoleadas por la necesidad de adaptarse a circunstancias cambiantes, producir innovaciones y autorregularse en la esfera de su autonomía, las organizaciones --trátese de empresas, hospitales, universidades o ministerios-- necesitan transformarse para mantener un grado suficiente de creatividad, y para dotar a las sociedades del necesario nivel de competitividad.

La flexibilidad de gestión y la horizontalidad de relaciones que introducen esas nuevas formas de organización, estructuradas como redes sueltas y descentralizadas, deberá provocar también cambios en nuestros enfoques de la educación.

Así, por ejemplo, resulta casi natural, a esta altura, hablar de que la educación va convirtiéndose en una actividad permanente y que, antes que todo, ella necesita poner a los individuos en condiciones de "aprender a aprender".

Lo anterior nos coloca ante desafíos completamente nuevos. Por primera vez la equidad supone la calidad de la educación; y no sólo el acceso a la escuela. En los países en desarrollo, tal cambio importa una verdadera mutación cultural. Nos obliga a abordar, simultáneamente, las tareas del siglo presente --esto es, asegurar a todos una educación general de nivel mínimamente aceptable-- y las tareas del próximo siglo; esto es, convertir a

la educación en un aprendizaje para desempeñarse en medio de las nuevas estructuras sociales de la creatividad.

Es posible observar cómo esos desafíos están siendo asumidos desde ya por nuestros países. En Chile, por ejemplo, el Gobierno, con el apoyo del Banco Mundial, ha puesto en marcha un **Programa de Mejoramiento de la Calidad y Equidad de la Educación Básica (MECE)**, el cual descansa en la capacidad que las propias escuelas poseen para proponer e implementar proyectos de automejoramiento de su calidad. Paralelamente se halla en estudio una completa revisión de los planes y programas de la enseñanza básica y secundaria, al mismo tiempo que se busca reforzar, en todos los niveles, las interacciones entre el sistema educacional, las empresas y los mercados laborales.

En la actualidad ningún país puede llegar a insertarse competitivamente en el mundo, ni podrá por tanto desarrollarse y crecer con equidad, si no cuenta con un sistema educacional abierto y eficaz. Tal es la conclusión, por lo demás, a que llega un reciente estudio realizado conjuntamente por la CEPAL y la UNESCO que, como fruto de un notable esfuerzo, se plasmó en el documento **"Educación y Conocimiento: Eje de la Transformación Productiva con Equidad"**.

Creo que puede afirmarse, sin temor de incurrir en una exageración, que en dicho documento están contenidos los

principales desafíos que nuestros países tienen por delante para crear una nueva relación entre educación, cultura y desarrollo y las líneas estratégicas que necesitaría seguirse para arribar, en el plazo de una década, a metas sustanciales de transformación.

Que el esfuerzo principal a ser realizado con ese objeto corresponde a cada país es algo que no admite mayor duda ni discusión. Lo anterior debe hacer posible, a la vez, que se abran nuevos cauces para la cooperación internacional en el terreno de la educación y la cultura. Su papel en el próximo futuro debiera ser una materia de debate entre nosotros, en este y otros foros.

A medida que avanzan la globalización de los mercados, la internacionalización de la economía y la intercomunicación entre las naciones, necesitamos aplicarnos cada vez con mayor énfasis al estudio y diseño de esos nuevos procedimientos de cooperación en el campo educativo y cultural. También en estos planos necesitamos encontrar estructuras más livianas y flexibles que hagan posible un mayor desarrollo de la creatividad y un flujo más simétrico de la información, los conocimientos y las técnicas.

La humanidad como un todo requiere superar el atraso, las divisiones entre la riqueza y la pobreza y la desigual distribución de las capacidades para progresar. Esto sólo podrá

lograrse a partir del diálogo plural entre las culturas, aceptando una diversidad de enfoques éticos y políticos, y multiplicando los lazos entre los Estados, las naciones y las comunidades.